¿Puedo estar seguro de que soy salvo?

Yo estaba leyendo la epístola de primera de Juan. Mientras leía, percibí una gran preocupación que pesaba sobre el corazón de Juan. Muchos falsos maestros estaban perturbando a las iglesias con sus herejías. Enseñaban una mezcla del Evangelio de Cristo con las antiguas filosofías griegas entre muchas otras ideas místicas de los orientales. Esta doctrina hoy día se conoce como el *gnosticismo*. Una de las enseñanzas de los gnósticos tiene que ver con la manera en que se obtiene la salvación. Puesto que la doctrina es falsa, la esperanza de la salvación que ofrecen también es falsa.

Los gnósticos dicen que todo lo físico o material de este mundo, incluso el cuerpo humano, no es producto de la voluntad del Dios supremo. Por lo tanto, creen que en esencia es malo. Por el contrario, creen que el espíritu de la persona es una sustancia divina, buena, e inmortal. Este espíritu por alguna razón había caído y quedado aprisionado en el cuerpo humano de modo que por sí solo no puede liberarse.

Según los gnósticos, nuestra salvación consiste en que el espíritu se libere del cuerpo físico. Dicen que esto es necesario para que el espíritu pueda regresar al lugar que le corresponde. Para lograr esto, el espíritu debe poseer un conocimiento sobrenatural. De ahí proviene la palabra "gnosis" que quiere decir "conocimiento".

El gnosticismo enseña que este conocimiento especial se logra a través del ayuno prolongado entre otras formas de disciplina del cuerpo. También los gnósticos practican la meditación transcendental independiente del cuerpo físico. Dicen que la fe en Cristo para ser salvo es una ilusión, así como también la encarnación de Jesús y su muerte en la cruz.

Dicen que Jesús no pudo haber venido en carne, ya que todo lo físico proviene del mal. Con esto sostienen que el cuerpo con que se manifestó y su muerte en la cruz no eran reales. Todo fue una mera apariencia, como un misterioso montaje novelesco.

Como ya vimos, dicen que la salvación se obtiene por medio del gnosis. De esta manera, el espíritu alcanza la libertad intelectual mientras el cuerpo sigue sujeto a sus antiguos deseos y vicios. Obviamente, esta doctrina es atractiva para los muchos que quieren ser salvos pero que no están dispuestos a renunciar su manera pecaminosa de vivir.

¿Es ese el plan de Dios para nuestra salvación según el Evangelio de Cristo? ¿Cómo obtenemos la salvación? ¿Cómo podemos saber si en verdad somos

salvos? Ciertamente, somos salvos por gracia, por medio de la fe (Efesios 2:8). Pero, la fe que no actúa, que no produce fruto digno de arrepentimiento, y que no resulta en vida nueva según Cristo, produce una vana esperanza (véase Santiago 2:14-16). Creo que de ahí proviene el peso que el apóstol Juan sentía al escribir su epístola.

A continuación quiero enumerar unas guías que el apóstol subraya como necesarias para asegurarnos de que somos salvos. En la conclusión de su carta, él dice: "*Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios*" (1 Juan 5:13).

Guía 1: Si andamos en la luz

Andar en la luz es imperativo como primer paso para asegurar nuestra salvación. "*Si andamos en luz, como él está en luz … la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*" (1 Juan 1:7). En primer lugar, significa exponernos delante de Dios y comparar mi vida con su santidad. Esto invariablemente me hace comprender lo vil que soy en mí mismo. Nótese lo que ocurrió con el profeta Isaías (Isaías 6:5) y con Pedro (Lucas 5:8). Medirme con la santidad y gloria de Dios resulta en el arrepentimiento y la experiencia gloriosa de ser transformados a la misma imagen de él (2 Corintios 3:18).

Muchas personas, en búsqueda de pretextos por su propia desobediencia y falta de una vida santa, se comparan con otros hombres y no con Dios. Se miden con otros supuestos "cristianos" de una moral más baja que la de su propia conducta. Con esto, se justifican a sí mismos con convencerse de que están bien. Esto no es andar en la luz, sino en las sombras de un testimonio oscuro. El resultado de tal andar es una vana confianza.

En segundo lugar, andar en luz implica no encubrir mi pecado, sino sacarlo a la luz. Jesús dijo: "*Mas el que practica la verdad, viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios*" (Juan 3:21). Encubrir mi pecado, sea una mentirita blanca o un delito de graves dimensiones, pone en duda mi confianza y seguridad de que soy salvo. Esto nos lleva a la siguiente guía que nos revela el apóstol Juan.

Guía 2: Si confesamos nuestros pecados (1 Juan 1:9)

¿Qué quiere decir el apóstol con confesar nuestros pecados? La palabra "confesar" significa "hablar la misma cosa" o "decir las cosas tal y como son". Si me he expuesto a la luz de Dios, comprenderé la necesidad de confesarle mis pecados sin ofrecer pretextos. Confesar nuestros pecados también incluye exponernos con toda sinceridad y sin pretextos a las personas que haya ofendido o a que hemos causado algún perjuicio. Véase el ejemplo de Zaqueo (Lucas 19:8), el de los efesios (Hechos 19:18), y los que eran bautizados por Juan el Bautista (Mateo 3:6).

Ahora, el apóstol Juan sigue con tres guías más que se entrelazan de modo inseparable. Tienen que ver con nuestra relación con Dios, nuestra relación con el prójimo, y nuestro comportamiento personal.

Guía 3: Si guardamos sus mandamientos (1 Juan 2:3)

Guía 4: Si amamos a nuestro hermano (1 Juan 2:10)

Guía 5: Si hacemos justicia (1 Juan 2:29)

Es notable cómo el apóstol Juan entrelaza estos tres aspectos de la vida cristiana. Él afirma que el que no hace justicia y que no ama a su hermano, no es de Dios (1 Juan 3:10). Después, agrega que el mandamiento de Dios es creer en el nombre de Jesucristo y amarnos unos a otros. "*Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios*" (1 Juan 3:24). Guardar los mandamientos de Jesús y mostrarle amor al hermano son pruebas palpables de mi amor para con Dios. Sus mandamientos no me son gravosos (1 Juan 5:3), sino que con gozo los obedezco. Hacer justicia es prueba palpable de mi compromiso a no pecar, a vivir rectamente, y hacer lo que Dios pide de mí.

¿Quiere decir esto que el que es nacido de Dios no fallará nunca? De ninguna manera. El apóstol Juan aclara esto cuando dice: "*Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre*" (1 Juan 2:1). Pero, sí afirma que el que es nacido de Dios no practica el pecado. El pecar no es lo que caracteriza su comportamiento, sino que se considera muerto al pecado. Su mente renovada por el Espíritu Santo toma el mando del cuerpo con sus concupiscencias y lo sujeta al régimen de Cristo. Romanos 6:11-23 confirma esto de modo irrefutable. El versículo dice: "*Así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia*".

Guía 6: Si nos purificamos a nosotros mismos (1 Juan 3:3)

Aquí vemos el requisito de limpiar nuestra vida de las contaminaciones del pecado. Sólo así podemos gozar de la esperanza firme de un día ver al que nos amó. Esto implica limpiarnos de todo lo que perjudica la salud espiritual del alma, sean contaminaciones del espíritu o de la carne (2 Corintios 7:1). Es una tarea de todos los días, así como nos lavamos a diario para mantener el aseo del cuerpo.

¿Cómo puedo asegurarme de que estoy manteniendo la limpieza espiritual a como Dios espera de mí? Al igual que en nuestro andar en la luz, vemos que es importante siempre medirnos con la regla y el ejemplo de Jesús. Nótese que dice: "*si andamos en luz, como él está en luz*" (1 Juan 1:7) y "*se purifica a sí mismo, así como él es puro*" (1 Juan 3:3). "*Pues como él es, así somos nosotros en este mundo*" (1 Juan 4:17).

Guía 7: Si nuestro corazón no nos reprende (1 Juan 3:21)

Guía 8: Por el Espíritu que nos ha dado (1 Juan 3:24)

¡Qué gran bendición es poder experimentar el testimonio del Espíritu Santo en mi espíritu de que soy hijo de Dios! (Romanos 8:16). Con confianza puedo clamar: "¡*Abba, Padre*!" Pero, ¿cómo puedo confiar en el testimonio de mi espíritu si el corazón es engañoso "*más que todas las cosas, y perverso*"? (Jeremías 17:9).

¿Cómo puedo saber que en verdad es el Espíritu Santo el que da testimonio a mi corazón si hay muchos espíritus falsos en el mundo? (1 Juan 4:1). Creo que si atendemos cuidadosamente a las guías que Juan nos da por el Espíritu Santo, nuestro corazón y conciencia estarán acondicionados de modo que podamos con toda confianza saber que el testimonio de nuestro espíritu proviene del mismo Espíritu Santo. Las directrices de la Biblia nos dan confianza porque ella es inspirada por el Espíritu Santo.

Lamentablemente, hay muchos que restan importancia a las primeras guías que el apóstol Juan traza como pasos a seguir. Al mismo tiempo ponen su confianza en lo que dicta su propio corazón y lo que ellos creen que el "Espíritu" les dice. Hacen caso omiso al requisito de andar en la luz y de producir frutos dignos de arrepentimiento. Le ponen poco peso en limpiar su vida de las contaminaciones del pecado. Dan más importancia a sus propias ideas que a lo que Dios pide de nosotros en su Palabra. Por negarse a seguir cuidadosamente estos pasos, sin duda se vuelven vulnerables al engaño de su propio corazón y al extravío por los falsos espíritus.

En Mateo 22:1-14, Jesús relata la parábola de una fiesta de bodas. Cuando el rey entró para ver a los convidados, vio a un hombre que no estaba vestido de boda. ¿Quién era ese hombre? ¿Por dónde había entrado ya que no llevaba puesto el traje que se le entregaba en la puerta a cada convidado? ¿Qué seguridad tenía él de que sería aceptado en la boda? ¿Será que era un ladrón y salteador? O quizá confiaba en una falsa esperanza, jactándose de que no tuvo que pasar por todo ese proceso que en su opinión eran "protocolos innecesarios" para participar en la boda. Lo cierto es que cuando el rey le preguntó: "Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda?", todos sus razonamientos y pretextos se esfumaron como la neblina y fue echado en las tinieblas de afuera.

Yo le doy las gracias a Dios por la confianza con que podré llegar al día de juicio (1 Juan 4:17-18). Igualmente, le agradezco al apóstol Juan por dejarse usar por Dios para trazarnos los pasos a seguir con el fin de poder gozar de esta confianza. Estos pasos son como el vestido de boda que les daba la confianza a los participantes de que eran bienvenidos. Repito lo que escribió el apóstol: "*Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios*".
~ Pablo Schrock